

OBRA

6

# **¡MALDITA MEMORIA!**

**Lema: Forzando el olvido. Relato**

Sonó un disparo seco y sordo, apenas amortiguado por un centímetro de pelo. La triste habitación quedó redecorada por un gotelé de masa encefálica y sangre. Eran los últimos vestigios de vida de un cuerpo muerto hace ya mucho tiempo.

La solitaria estancia, con una cama impasible y erguida por más glorias pasadas que por triunfos presentes, resistiendo al paso del tiempo, más por la dignidad que en otro momento tuvo, por las historias y secretos que en ella se forjaron, que por el trato olvidado y plano que el presente le daba.

Paredes blancas y solas, sin más decoración que una fotografía en color sepia, que intentaba captar el amor en unas miradas jóvenes y perdidas como únicos espectadores de tan trágica actuación.

Decadente final para una vida sin sobresaltos, para una existencia carente de vida que se ve consumida por el paso de la rutina que los minutos imprimen.

El zumbido apenas audible unos segundos, inunda la estancia, llevándose consigo los alientos de muerte que desde hace tiempo habitan el cuerpo de Raimundo. Deja en la habitación un reguero de sufrimiento y desdicha en forma de vida. Vida caducada, sin recorrido y con la esperanza de que un acto de valentía la arrastre hasta un descanso meritorio tras un sufrimiento innecesario.

A través de los fragmentos de cristal esparcidos por toda la habitación, puede verse a Raimundo, desdibujado y sombrío. Contemplándose a sí mismo desde el otro lado, devolviéndose la mirada, desafiante.

— ¡Por fin se ha atrevido a ser valiente!

### **Anteayer:**

Apenas son las siete y los primeros rayos de sol se cuelan sin permiso por entre los agujeros de la gastada persiana del dormitorio de Raimundo. Hace ya tiempo que sus ojos se cansaron de oscuridad y pugnan por devolverlo a la vida de otro día gris, de otro día más de su triste existencia. Arrastra los pies dando pasos cortos y medidos, en su cabeza traza el recorrido que lo llevará hasta el último lugar donde la esperanza no es nula, dónde aún no ha agotado su vida.

Todo su cuerpo adolece el movimiento, cada paso es un sufrimiento que lo recorre de arriba hacia abajo. Allí está.

Levanta la vista y queda frente al espejo, los ojos le devuelven la mirada impasible, desafiante, con el orgullo y altivez de quién se sabe ganador al paso del tiempo. Humillando la desfachatez de asomarse a su mera contemplación. Se arma de valor para sostener la mirada, se pierde en el recreo de lo que ve, su mente vaga evocando recuerdos. Poco a poco su vista se va centrando hasta percibir nítida la imagen que le devuelve el espejo.

distingue unos ojos nerviosos, con miedo. El pelo danza en acordé simetría, esa que solo los dulces movimientos de las manos de su madre consiguen. Lleva preparándose para este momento desde hace unos días. Ha oído la frase "*hacerse mayor*" en estos tiempos,

más veces que anteriormente en toda su vida. Es un paso importante. Quiere seguir disfrutando de las largas mañanas de juego con mamá, pero también quiere correr sus propias aventuras. Volver corriendo para abrazar a su madre y contarle las andanzas del nuevo día lejos de sus palabras, de sus cuidados. Quiere demostrarle que está preparado para hacerse mayor, para ir cogiendo el testigo y que ella pueda descansar en las manos y cuidados de quién ahora dependen sus mimos.

Es importante, afronta el primer día de colegio con esos nervios fruto de la incertidumbre de quien se acerca a lo desconocido, de quién por fin se sitúa frente al abismo dispuesto a saltar en pro de un nuevo destino.

A través del espejo puede percibir esa sensación de angustia calmada por las palabras cálidas de su madre, por la necesidad de dar ese paso que lo adentre de lleno en el abismo de la responsabilidad. Esa que hasta ahora no había sentido y sin la que se había acostumbrado a vivir.

El espejo le devuelve la tensión con la que su sangre bombea al sentirse más adulto, como el torrente de juventud inunda cada una de sus indecisiones, dotándolo de firmes pasos.

En el espejo puede ver como esos ojos se clavan en los suyos, recriminándoles esa falta de vida que siente ahora. Tachando la cobardía que deja entrever Raimundo al fijar su tímida mirada en los ojos que antaño fue.

Por un momento, el colegial la aparta la vista del espejo, se da media vuelta, sin importarle que al otro lado las lágrimas empiecen a surcar un arrugado rostro. Y solo durante unos segundos se gira, dirige un gesto de desprecio al contemplar al otro lado en lo que se ha convertido. En un cobarde al que le da miedo vivir.

Vuelve sobre sus pasos y se oye:

— ¡Si mamá! estoy listo mi primer día de colegio.

Raimundo, batido de dolor camina lentamente hasta el sillón que ha adecuado para adaptarlo a su cuerpo derrotado. Las lágrimas siguen saltando los obstáculos que encuentran en su rostro hasta estrellarse con el suelo, dejando un cerco de tristeza y amargura por dónde pasan, conscientes de que nunca volverán a sentir el vigor y la fuerza de la juventud.

### **Ayer:**

Amaneció otro día antes de tiempo. Llegó la inesperada claridad a la vida de Raimundo otro nuevo día. Llegó llenando de oscuridad su triste existencia.

Cada día era mayor el esfuerzo que tenía que hacer para poner en marcha la maquinaria que guiaba su cuerpo. Un cuerpo oxidado cuyo engranaje se negaba a rodar, quedándose encajado en posturas de inmenso dolor. Ese era el sufrimiento diario por el que tenía que pasar para levantarse de la cama. Todo esto se veía recompensado en el momento que se veía frente a él, cuando sus ojos se devolvían la mirada y abría su mente hacia un pasado que nunca más volvería a ver.

Allí estaba de nuevo. Alzó la vista, y lo que el espejo le devolvió le hizo temblar. Le transmitió un sentimiento olvidado. Los ojos que lo miraban fijamente le devolvían ilusión, cariño y esperanza. Eran unos ojos soñadores con un brillo especial. Le iluminaban el rostro, le daban luz a su vida.

Había terminado de arreglarse, no cabía en la camisa de la emoción que llevaba. No necesitaba perfume para encandilar. Su rostro era la muestra de la alegría. De esa alegría que te hace liviano y que te impulsa con esa energía del que camina sobre el aire. Sus pasos se abren camino entre algodones. Así se sentía Raimundo. Era su primera cita, desde que la vio algo dentro de él había despertado. Algo nuevo que guiaba su vida, un deseo de compartir, regalar y disfrutar que solo evocándola se desbordaba por todos los poros de su piel.

Había llegado el gran día, Fidela había aceptado su cita, no cabía en sí de emoción. Era una mezcla de nervios y disfrute que hacían que la balanza se mantuviera en perfecto equilibrio. Todo estaba planeado, hasta el mínimo detalle había sido calculado en su cabeza. Todo debería salir según lo establecido. El espejo le devolvía esas ganas de vida, la mirada enseñaba lo que era el amor. Como perdida en el horizonte, en un punto fijo sin fijar la vista en nada, sus labios dibujaron una sonrisa fruto del pensamiento. Su expresión era dulce y relajada.

Esos ojos que tan solo un minuto antes le habían devuelto sensibilidad, ahora tornan en tristeza. La mirada al otro lado del espejo le devolvía compasión. Compasión porque es ojos gastados que lo miraban no volverían a experimentar la ternura, porque para ellos el amor solo sería una palabra escrita, un garabato que no diría más que cualquier otro.

La mirada se tornó acuosa, como sabedora de lo que en última instancia le transmite el reflejo enamorado. Le costó apartar la vista del espejo, pero cada segundo era un aguijonazo de dolor, dolor que iba directo su corazón, al motor de la gastada maquinaria, haciendo que cada punzada oxidase más el mecanismo. Prolongándose más el sufrimiento.

### **Hoy:**

El día llegó presuroso, aunque no para Raimundo. Sus ojos se negaban a despertar a la muerte en la que se había convertido su vida. Hasta su alma pesaba como una carga de años de soledad. Todo su cuerpo se resistía al movimiento, a engrasar la oxidada maquinaria que lo llevara delante del espejo. Sus pasos eran cada vez más cortos y cansados, avanzar un centímetro le imprimía un dolor que recorría todas las articulaciones. un sufrimiento que iba más allá, recorriendo su cuerpo y erizando su alma que se batía en derrota.

Frente al espejo se resistía a mirarse, no quería encontrar más recuerdos que lo hundieran aún más en su pozo infinito.

Le echó valor, el poco que le quedaba. Frente a él, de forma difusa, empezaron a aclararse dos ojos de un verde intenso. La mirada le devolvía la felicidad, la paz y el sosiego. Esos ojos se clavaron en los suyos, le transmitían ternura y protección. La fortaleza y la seguridad. Unos ojos que transmitían vida.

Miraban derretidos el llanto de un niño, que alternaba con bostezos de sueño. Si, era su hijo. Había venido al mundo para completar su felicidad.

La mirada se cruzaba con la de Fidela, se derretían en una sola cuando se posaban en el bebé. Habían sido capaces de dar vida. Flotaban, su alegría era tanta, que podía ver a través del espejo como un caudal se escapaba por la ventana entornada de la habitación. Tan pequeño, tan indefenso. ¡Tan poca cosa que daba tanto!

Raimundo no pudo contener las lágrimas. En el momento en que el brillo empezó a aparecer sobre su gastado rostro, la mirada le dio la espalda. No cabía en ese cuadro la pena, el sufrimiento. El espejo se tornó opaco al trasluz del llanto. Todo se había vuelto negro para Raimundo.

Supo que ya ni el espejo le devolvería los recuerdos que tanto le hacían sufrir. Todo había terminado para él. La agonía, el dolor, el sufrimiento. El olvido ya viene, el horroroso olvido que aniquila hasta el recuerdo del ser amado.

Apuntó firme al espejo, a esos ojos que lo miraban fijamente sin consuelo. No volvería a ver la luz del sufrimiento con el que se despertaba cada día cuando se enfrentaba a su memoria. ¡Era el momento de cruzar al otro lado del espejo!